



ROMANCE TRAGICO

DE

DON JACINTO DEL CASTILLO,
Y DOÑA LEONOR DE LA ROSA.

Naturales de la gran Coruña, reino de Galicia: refiérense sus amores, y la repugnancia del padre de la dama que la casó con otro, á quienes dieron muerte, y al suegro y un tio de ella, saliéndose de su tierra; con todo lo demás que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Sagrada Vírgen María,
 antorcha del cielo empíreo,
 Hija del Eterno Padre,
 Madre del supremo Hijo,
 del sacro Espírita Esposa,
 pues con virtud y dominio
 en tu vientre virginal
 obró el misterio divino
 de la Encarnacion, y al cabo
 de nueve meses cumplidos,

para redencion del hombre
 nació el Autor infinito
 vestido de carne humana
 dejando mas terso y limpio
 vuestro casto y puro seno.
 ; O amparo de desvalidos,
 refugio de pecadores
 y consuelo de afligidos!
 Dame tu gracia, Señor,
 y á mi torpe pluma brio,

para que á escribir acierte
 el caso mas peregrino,
 y el mas singular suceso
 que en estos tiempos se ha oído.
 Sucedió en la gran Coruña,
 que es el puerto mas lucido
 que tiene el mar en su margen,
 de mil alabanzas digno.
 En esta ciudad nació,
 de padres nobles y ricos,
 Doña Leonor de la Rosa,
 á quien el cielo propicio
 se esmeró en perfeccionarla,
 de manera, que al sol mismo
 se le opuso su hermosura,
 haciendo á sus rayos tiro
 los reflejos de sus ojos,
 dulce encanto de Cupido,
 siendo extremo de hermosura,
 llegando casi á prodigio,
 pues todo el que la miraba
 se confesaba rendido.
 En la casa de sus padres,
 con el recato debido,
 se crió, y apenas tuvo
 los quince abriles cumplidos,
 cuando amor tiró una flecha,
 quedando herida del tiro,
 y fue para su desgracia.
 Qué bien dijo aquel que dijo
 que la muger que es hermosa
 trae la desgracia consigo!
 que bastó llamarse Rosa,
 que pocas Rosas se han visto
 que no mueran deshojadas
 a manos del precipicio.
 Fue la causa un caballero,
 Don Jacinto del Castillo,
 tan galan como bizarro,
 valiente quanto entendido.
 Este dió en galantearla
 con fiestas y regocijos:
 la dama le corresponde
 con amorosos cariños,
 que enamorada y rendida
 estaba de Don Jacinto,
 y con palabra de esposa

á su amante satisfizo.
 Todas las noches hablaban
 por un balcon, que testigo
 era de sus muchas penas;
 y como amantes tan finos
 descansan uno con otro,
 repitiendo mil cariños.
 Dejemos en este estado
 á Leonor y á Jacinto,
 gozando dulces coloquios
 que el amor trae consigo,
 y pasemos á dar cuenta
 del ilustre Don Francisco,
 padre de esta hermosa dama,
 que tenia otros designios,
 que era darla á un caballero
 que era muy rico y amigo.
 Don Fernando de Contreras,
 que enamorado y rendido
 de la singular belleza,
 del encantador prodigio,
 del hechizo de Leonor,
 determinóse y le dijo:
 señor Don Francisco, yo
 como hombre solícito
 alcanzar favores vuestros,
 si merezco que lo altivo
 de la bellísima mano
 de Leonor, que tanto estimo,
 con el renombre de esposa
 premie los afectos míos.
 Y Don Francisco que estaba
 deseando aquesto mismo,
 al momento se lo otorga,
 ofreciéndole asimismo
 diez mil ducados con ella,
 en plata ó en oro fino.
 Quedóse asi Don Fernando
 contento y agradecido;
 alegres se despidieron,
 y al momento Don Francisco
 se partió para su casa,
 dándole cuenta y aviso
 á su muger y á su hija,
 pues muy alegre le dijo:
 no sabes Doña Leonor,
 hija del corazon mio,

como te tengo casada,
 si es tu gusto como el mio,
 con Don Fernando Contreras,
 hombre rico y bien nacido?
 es noble, prudente y discreto,
 como tú, Leonor, lo has visto;
 solo aguardo tu respuesta
 para dársela al proviso.
 Doña Leonor que tenia
 sus potencias y sentidos,
 el corazon, vida y alma
 en su amante Don Jacinto,
 fue á responder y no pudo,
 que la fuerza de un delirio
 la traspasó en un desmayo,
 envuelta en un parasismo.
 Aquí el coral de sus labios
 eran de jazmin los visos:
 las rosas de sus mejillas
 en nieve se han convertido;
 pero en fin, para abreviar,
 la volvieron con rocíos.
 A penas, vuelta en su acuerdo,
 á Leonor su padre vido,
 volviendo segunda vez
 á tratar lo referido,
 le dijo: Leonor, acaba,
 responde á lo que te digo,
 porque Don Fernando está
 idolatrando en tu hechizo.
 Es noble y muy poderoso,
 y afable, como te he dicho;
 te hará dueña de su hacienda,
 tendrás descanso y alivio;
 esto ha de ser de por fuerza,
 sino quieres por cariño.
 Y remitiéndose al llanto,
 hechos sus ojos dos ríos,
 resuelta Doña Leonor,
 estas palabras ha dicho:
 padre y señor, Don Fernando
 nunca fue del gusto mio:
 qué importa que sea noble,
 qué importa que sea rico,
 sino han confrontado nunca
 sus conceptos con los mios?
 que si Don Fernando es noble,

yo tambien soy, padre mio;
 que posea yo su hacienda,
 yo soy la que me cautivo.
 La que por fuerza se casa
 por interes de lo rico,
 no es muger, sino una esclava,
 que se vende en el guarismo
 de la ambiciosa codicia;
 esto, señor, es muy fijo.
 En cuanto á tomar estado,
 eso de darme marido
 no ha de ser al gusto vuestro,
 que ha de ser al gusto mio.
 Y pues es fuerza os declare
 como á padre mi designio,
 yo tengo puesto mi afecto,
 el corazon y sentidos,
 y es el dueño de mi amor
 Don Jacinto del Castillo;
 yo tengo esposo á mi gusto,
 pues con el alma lo estimo.
 Viéndola el padre resuelta,
 furioso, ensoberbecido,
 asíola por los cabellos,
 que eran hebras de oro fino,
 arrastrándola, y á golpes
 la metió en su cuarto mismo;
 con un puñal en la mano,
 en viva rabia encendido,
 amenazóla de muerte,
 diciendo: haz lo que te digo,
 ó la vida rendirás
 al golpe de este cuchillo.
 Viendo Leonor que en su pecho
 moraba el de Don Jacinto,
 y era fuerza peligrase
 en semejante conflicto,
 con un cauteloso engaño,
 dijo: padre y señor mio,
 ya me resuelvo á que sea
 Don Fernando esposo mio.
 Con esto el padre abrazóla
 contento y agradecido.
 Tuvo la ocasion, al cabo
 de cuatro dias ó cinco,
 y escribió Doña Leonor
 un papel á Don Jacinto,

A las voces acudieron,
 y prendiendo á Don Jacinto,
 sin que hubiese mas probanza
 que lo que la turca dijo,
 le sentencian á quemar
 por blasfemo y por lascivo:
 dejémosle en la prision
 entre cadenas y grillos;
 y pasemos á la dama,
 que en aqueste tiempo mismo
 el moro hermano de Zayda
 estaba de amor rendido
 por la beldad de Leonor,
 llegando á estar tan perdido
 que maquinaba mil trazas
 por rendirla á su apetito.
 Persuadióla muchas veces,
 mostrándose amante fino;
 pero la discreta dama
 nunca dió á su amor oidos.
 Un dia la cogió á solas
 (que la desgracia lo quiso)
 encerróla en un retrete;
 y estas palabras le dijo:
 hermosísima Leonor,
 rémora de mis sentidos,
 así despreciais á un Rey,
 señor de tal poderío?
 Reniega de Dios, reniega,
 que haciendo lo que te digo,
 tendrás reinos y vasallos,
 joyas, diamantes, zafiros;
 pues siendo tu amante un Rey,
 todo estará á tu servicio.
 Y pues te tengo en parage,
 que como imposible miro
 que puedas de mí librarte,
 he de hacer el gusto mio,
 sin que tus fuerzas te valgan,
 ni te aprovechen los gritos.
 Qué me respondes, Leonor?
 y ella suspirando dijo:
 es eso cansarse en vano,
 y lo tengo á desvarío,
 el pedirme que reniegue
 del Señor que al mundo hizo.
 En cuanto á querer gozarme,
 eso sí que bien afirmo,

que ha de ser muy imposible
 el recabarlo conmigo.
 Yo confieso que eres Rey,
 y como Rey, señor mio,
 podrás quitarme la vida,
 pero no el honor que estimo.
 Viendo el moro de Leonor
 los desdenes tan esquivos,
 fue á asirla para forzarla;
 y ella viendo su peligro,
 sacó al moro de la cinta
 el alfange damasquino:
 prosigue el moro su intento,
 y ella resuelta le ha dicho:
 así desiendo mi honor,
 aun de los Reyes lascivos;
 y con un fiero revés
 le dejó el brazo en un hilo.
 Viéndola el moro resuelta,
 y viéndose mal herido,
 comenzó á llamar á voces
 á su guardia, y luego vino.
 A esa cristiana homicida
 prendedla, soldados, dijo,
 y haced que rinda la vida
 entre crueles martirios,
 pues fue su intento matarme
 con el mismo alfange mio.
 Como en la mano lo tiene,
 le comprueban el delito;
 ven al Rey que está mortal,
 y con su sangre teñido:
 prendiéronla, y la llevaron
 á donde está Don Jacinto.
 De que se vieron los dos,
 ambos lloran hilo á hilo:
 Jacinto siente á Leonor,
 y Leonor llora á Jacinto,
 diciendo: esposo del alma,
 ya se cumple el gusto mio,
 que estoy condenada á muerte,
 y vengo á morir contigo,
 y esto por guardar mi honor
 del Rey que gozarme quiso,
 y porque no renegué
 de la ley de Jesucristo.
 Esta es la postrera vez
 que hemos de hablar, ducño mio:

diciéndole cuanto pasa,
 y que la saque al proviso;
 mas no fue tan en secreto,
 que lo cogió Don Francisco.
 Hallóla firme y constante,
 segun era el contenido;
 volvió otra vez indignado
 á Leonor, y la dijo:
 mira, infame, ese papel
 que envias á Don Jacinto.
 Encerróla, y dispusieron
 con el vicario al proviso
 la case con Don Fernando,
 para escusar el peligro.
 Quisiera explicar aqui
 las lágrimas y suspiros,
 los sollozos y lamentos,
 los pesares y delirios
 de la afligida señora;
 mas bien se dice ello mismo.
 Si disimular su pena
 no le fuera tan preciso,
 reventára de dolor;
 mas volvióse basilisco,
 áspid, víbora, serpiente,
 que con su veneno activo
 anteponen su venganza,
 destruyendo á su enemigo.
 Tuvo lugar y escribió,
 diciéndole á Don Jacinto:
 esposo mio y señor,
 dueño del alma querido,
 hoy mi padre de por fuerza,
 ¡ con cuánto dolor lo digo!
 hoy me ha casado: ay de mí!
 Hoy te perdí, dueño mio:
 de este pesar, de esta pena,
 las lágrimas hilo á hilo
 de mis ojos se despeñan;
 remediarlo no he podido.
 Yo casada sin mi gusto!
 rebiento solo en decirlo:
 yo verme con otro dueño!
 yo en brazos de mi enemigo!
 Ea, mueran los que causan
 tus disgustos y los míos:
 para esta noche te espero:

vendrás bien apercebido,
 que una criada avisada
 te entrará en el cuarto mio.
 Muera, muera Don Fernando,
 pues mi padre lo ha querido,
 y nos iremos los dos,
 que en otro reino distinto
 nos casaremos despues,
 que tengo yo prevenidos
 muchos doblones y joyas,
 muchas sortijas y anillos;
 esto, señor, te encarezco,
 no haya falta en lo que digo.
 Todo aquel dia se estuvo
 el padre con los padrinos
 trazando para la noche
 las fiestas y regocijos;
 y la cautelosa dama,
 al inocente marido,
 para cubrir la ponzoña
 mostraba amor y cariño.
 Vino la noche, y con ella
 á la puerta Don Jacinto,
 bien prevenido de armas;
 y la criada al proviso
 lo ha tomado por la mano
 y en su cuarto lo ha metido,
 sin que nadie reparara,
 quedándose alli escondido.
 Llegó en fin la media noche,
 dióse fin al regocijo,
 y todos los convidados
 para sus casas se han ido.
 Entró Leonor en su cuarto,
 y en él halló á Don Jacinto:
 alli trataron el cómo
 han de lograr su designio.
 Entró despues Don Fernando
 despojándose el vestido;
 y pensándose hallarse en brazos
 de Leonor, que tanto quiso,
 se halló en brazos de la muerte;
 pues saliendo Don Jacinto,
 con dos recias puñaladas
 abrió al alma dos postigos,
 y revolcando en su sangre
 se quedó cadáver frio.

Acudieron los consuegros
al alboroto y ruido,
y al soplo de dos pistolas
las dos vidas han rendido:
y saliéndose del cuarto
encontró á Leonor un tío,
y dijo: viles traidores,
pagareis vuestro delito;
asió á Leonor de la ropa,
y ella con varoníl brio
de un fuerte carabinazo
el corazon le ha partido;
y saliéndose á la calle
alli montan al proviso
en un ligero caballo

que tenian prevenido.
Al estruendo y alboroto
pronto la justicia vino,
solicitando el prenderlos:
mas Don Jacinto, atrevido,
con dos fuertes trabucazos
derribó cuatro ministros,
con que franqueó la calle;
y saliéndose al camino,
dejan de correr, y vuelan,
huyendo de su peligro.
Y en otra segunda parte
se dirá fueron cautivos,
y el fin que luego tuvieron
Doña Leonor y Jacinto.

SEGUNDA PARTE.

Y a dijo la primer parte
como iban por el camino
Don Jacinto y Leonor,
ambos del amor heridos.
Apenas el claro día
daba luz á los nacidos,
del camino se apartaron,
y entre unos ásperos riscos,
en una espesa montaña,
se quedaron escondidos.
Le pidió Doña Leonor
por merced á Don Jacinto,
que á su honor no se atreviese
hasta que el cielo divino
les eche su bendicion;
esto (dijo) os suplico,
porque quiero que me goces,
no galan, sino marido:
y como hombre discreto,
condescendió Don Jacinto,
que los generosos pechos
saben vencerse á sí mismos.
Llegó la noche y caminan,
y de la suerte que digo,
llegaron hasta Bayona,
que es puerto de mar muy rico,
á tiempo que un mercader
salia con un navío
á la ciudad de Venecia:
con que ajustó Don Jacinto

el viaje, y se embarcaron
con contento y regocijo,
y haciéndose á toda vela,
surcan el mar cristalino:
pero trajo la desgracia
dos navíos argelinos,
lo cercan por todas partes,
con que apresan el navío:
y despues de aprisionados
con cadenas y con grillos,
dieron en Argel con ellos,
y á pregon fueron vendidos.
A Jacinto y Leonor
los compró un moro muy rico,
que se los presentó á Zayda,
por la estimacion que hizo:
del Rey de Argel era hermana,
hermosa como el sol mismo,
la cual contenta y alegre
recibió á los dos cautivos:
estimó mucho el presente;
y así que la turca vido
la belleza de Leonor,
su disposicion y brio,
la hizo dama de su estrado;
y viendo de Don Jacinto,
lo galan y lo bizarro,
lo discreto y entendido,
hízolo su mayordomo:
tambien juntamente quiso

que de la arábiga lengua
 les enseñen al proviso.
 Tan buena cuenta le daba,
 cuidadoso y discursivo,
 que ya Zayda se abrazaba
 en amores del cautivo.
 Se quejaba una mañana
 á sus solas Don Jacinto,
 pensando nadie le oía,
 y a estas palabras dijo:
 Sacratísima María,
 á vuestro amoroso auxilio
 apela un desconsolado;
 pues socorreis afligidos,
 consolad mi corazón,
 Madre del Verbo divino,
 ten de mí misericordia;
 y si de Dios al servicio
 conviene que yo padezca,
 padezca, que es gusto mio.
 Lleven sobre mí trabajos,
 y los mas fuertes martirios
 que la impiedad ha inventado,
 pues lo tengo merecido.
 Zayda que escuchando estaba
 los lamentos de Jacinto,
 entró con semblante alegre,
 diciendo: cristiano mio,
 ¿qué tienes que así te quejas
 lloroso y enternecido,
 que puedes al mismo bronce
 ablandar con tus suspiros?
 Con humildad le responde:
 estaba pasando el libro
 de mis trágicos sucesos,
 y en pasándole me aflijo.
 Serás casado en tu tierra?
 Nunca, señora, lo he sido,
 Tendrás amor en España?
 Es verdad que lo he tenido,
 pero ahora no le tengo,
 porque los conceptos míos
 están todos en Argel;
 este es el dolor que gimo.
 Y Zayda, muy vergonzosa,
 le dice: mira, cautivo,
 si tú olvidas á tu Dios,
 y sigues la ley que sigo

de mi profeta Mahoma,
 tú te casarás conmigo,
 gozarás muchas riquezas,
 te daré muchos cautivos,
 también te daré el gobierno
 de aqueste reino lucido.
 El cual triste le responde,
 formando un tierno suspiro:
 cómo quieres que yo olvide
 á un Dios de gracia infinito!
 á un Dios, que por su bondad,
 y por solo su amor quiso
 redimirme con su sangre,
 por librarme del abismo!
 Cómo puedo ser ingrato
 á quien tanto bien me hizo?
 Calla, infame, no prosigas,
 que á no hacer lo que te digo,
 con la vida pagarás
 la vergüenza que reprimo.
 Deja, cristiano, tu ley,
 véncete á lo que te digo,
 que el que sigue á mi Mahoma
 goza bienes infinitos;
 sino lo quieres creer
 tendrás el mayor castigo
 que se haya visto en Argel.
 Y replicó Don Jacinto:
 no dejaré yo mi ley,
 que eso fuera barbarismo,
 aunque mil vidas tuviera
 que rendirle en sacrificio:
 la ley de Dios resplandezca,
 que Mahoma es un maldito;
 síguete, que irá tu alma
 á los profundos abismos.
 Con esto Zayda indignada,
 salió fuera dando gritos:
 ha de mis soldados, hola!
 ha de mi guardia, ministros,
 venid, prended al instante
 á este cristiano atrevido,
 que quiso soberbio y loco
 violentar el honor mio.
 Tome mi hermano venganza
 de aqueste infame cautivo,
 que no es razon que se quede
 esta maldad sin castigo.

A las voces acudieron,
 y prendiendo á Don Jacinto,
 sin que hubiese mas probanza
 que lo que la turca dijo,
 le sentencian á quemar
 por blasfemo y por lascivo:
 dejémosle en la prision
 entre cadenas y grillos;
 y pasemos á la dama,
 que en aqueste tiempo mismo
 el moro hermano de Zayda
 estaba de amor rendido
 por la beldad de Leonor,
 llegando á estar tan perdido
 que maquinaba mil trazas
 por rendirla á su apetito.
 Persuadióla muchas veces,
 mostrándose amante fino;
 pero la discreta dama
 nunca dió á su amor oidos.
 Un dia la cogió á solas
 (que la desgracia lo quiso)
 encerróla en un retrete;
 y estas palabras le dijo:
 hermosísima Leonor,
 rémora de mis sentidos,
 así despreciais á un Rey,
 señor de tal poderío?
 Reniega de Dios, reniega,
 que haciendo lo que te digo,
 tendrás reinos y vasallos,
 joyas, diamantes, zafiros;
 pues siendo tu amante un Rey,
 todo estará á tu servicio.
 Y pues te tengo en parage,
 que como imposible miro
 que puedas de mí librarte,
 he de hacer el gusto mio,
 sin que tus fuerzas te valgan,
 ni te aprovechen los gritos.
 Qué me respondes, Leonor?
 Y ella suspirando dijo:
 es eso cansarse en vano,
 y lo tengo á desvarío,
 el pedirme que reniegue
 del Señor que al mundo hizo.
 En quanto á querer gozarme,
 eso sí que bien afirmo,

que ha de ser muy imposible
 el recabarlo conmigo.
 Yo confieso que eres Rey,
 y como Rey, señor mio,
 podrás quitarme la vida,
 pero no el honor que estimo.
 Viendo el moro de Leonor
 los desdenes tan esquivos,
 fue á asirla para forzarla;
 y ella viendo su peligro,
 sacó al moro de la cinta
 el alfange damasquino:
 prosigue el moro su intento,
 y ella resuelta le ha dicho:
 así defendiendo mi honor,
 aun de los Reyes lascivos;
 y con un fiero revés
 le dejó el brazo en un hilo.
 Viéndola el moro resuelta,
 y viéndose mal herido,
 comenzó á llamar á voces
 á su guardia, y luego vino.
 A esa cristiana homicida
 prendedla, soldados, dijo,
 y haced que rinda la vida
 entre crueles martirios,
 pues fue su intento matarme
 con el mismo alfange mio.
 Como en la mano lo tiene,
 le comprueban el delito;
 ven al Rey que está mortal,
 y con su sangre teñido:
 prendiéronla, y la llevaron
 á donde está Don Jacinto.
 De que se vieron los dos,
 ambos lloran hilo á hilo:
 Jacinto siente á Leonor,
 y Leonor llora á Jacinto,
 diciendo: esposo del alma,
 ya se cumple el gusto mio,
 que estoy condenada á muerte,
 y vengo á morir contigo,
 y esto por guardar mi honor
 del Rey que gozarme quiso,
 y porque no renegué
 de la ley de Jesucristo.
 Esta es la postrera vez
 que hemos de hablar, dueño mio:

ya no nos veremos mas,
 pues nos espera el suplicio;
 ya la muerte nos aparta,
 pues la suerte no ha querido
 que nos gocemos casados.
 Y llorando se han pedido
 el uno al otro perdon,
 y se perdonaron finos:
 y abrazados tiernamente,
 se dicen enternecidos:
 ten ánimo, esposa mia,
 ten valor tú, dueño mio,
 que para Dios todo es nada;
 ya es nuestro intento cumplido:
 sirva este abrazo de yugo,
 los suspiros de padrinos,
 sea nuestro amor las arras,
 nuestra fineza el anillo,
 nuestras congojas la mano,
 las lágrimas los testigos,
 el tálamo nuestras penas,
 la bendicion los martirios,
 pues con martirios se curan
 yerros que hemos cometido.
 En estos tiernos coloquios,
 entre penas y suspiros,
 lloraban continuamente
 estos dos amantes finos;
 y à la siguiente mañana
 los infernales ministros
 los sacan de la mazmorra
 para egecutar impíos
 la sentencia mas cruel
 que pluma hasta ahora ha escrito.
 Encima de un carromato
 traían apercebidos
 dos palos en forma de aspa,
 y luego entre cuatro ó cinco
 à Leonor la desnudaron
 deshonestos y atrevidos.
 La amarraron à los palos,
 y llevando alli encendidos
 cuatro braseros de lumbre,
 empiezan à dar martirio
 con las tenazas ardiendo,

tirando fuertes pelliscos
 de las delicadas carnes;
 y en dolor tan escesivo
 decia la triste dama:
 valedme, Jesus divino!
 Ay! sea por la pasion
 que padeció Jesucristo.
 Y alzando al cielo los ojos,
 dijo: Dios y Señor mio,
 inmenso Rey de la gloria,
 este afrentoso martirio,
 esta vida, estos tormentos,
 os ofrezco en sacrificio,
 y en recompensa, Señor,
 de mis culpas y delitos.
 Y de la misma manera
 llevaban à Don Jacinto
 delante, hasta que llegaron
 al incendio prevenido,
 de todos apedreados;
 y los crueles ministros
 los juntan por las espaldas,
 muy fuertemente ceñidos,
 y à la hoguera los arrojan.
 Entrambos arrepentidos
 entre las llamas decian:
 inmenso Dios infinito,
 Criador de cielo y tierra,
 concedednos vuestro auxilio;
 misericordia, Señor,
 clemencia y perdon pedimos.
 En vuestras manos, mi Dios,
 nuestras almas remitimos;
 y de esta suerte acabaron
 los dos amantes muy finos.
 Una voz se oyó en el aire,
 que con claros écos dijo:
 subid, mártires, subid
 à gozar del cielo empiéreo.
 Tomen egeemplo los padres
 que violentan à sus hijos
 para que tomen estado,
 de algun interés movidos,
 pues ocasionan con eso,
 que busquen su precipicio.

FIN.